

lectos objetos de su amor, á su esposa y á su hijo?

Enrique habia fallecido al amanecer, y pocas horas después murió la infortunada María, que no pudo soportar el dolor que desgarraba su alma.

Todo se habia acabado para el marqués de Bellaflor!...

Fuera de sí como un frenético, no lloraba ya el infeliz... se arrancaba el cabello... y lanzaba gritos de desesperacion que hacian estremecer.

Estos gritos de amargura se confundian con los ecos del himno de Riego, y las voces de alegría con que la muchedumbre felicita-  
ba al recién llegado.

En breve supieron todos el doble y tremendo infortunio del marqués de Bellaflor, y á la ebullicion que poco antes inundaba de alegría la populosa calle de Toledo, siguió por algunos momentos un silencio sepulcral.

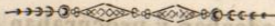
Media hora después era de noche.

Esceptuando los balcones del palacio del marqués de Bellaflor, todo Madrid estaba iluminado.

Mil músicas se cruzaban por las calles.

El regocijo era inmenso.

Ebrios de entusiasmo los madrileños, celebraban el triunfo del pueblo soberano.



CAPITULO LVIII.

DIECINUEVE MESES DESPUÉS.

Diecinueve meses han trascurrido desde los gloriosos sucesos que llenaron de luto á las familias de algunos valientes españoles, y de dia en dia va perdiendo el pueblo las heroicas conquistas que hizo con su sangre.

No se deben contar los males que surgen de una sangrienta lucha únicamente por los ciudadanos que perecen en ella, sino por las tristes consecuencias que este primer infortunio irroga á las familias.

La muerte del jóven Enrique aceleró la de su generosa madre la marquesa de Bellaflor, la simpática María, como saben nuestros lectores; pero lo que aun ignoran, si bien deben suponerlo, es, que no solo sus parientes quedaron inconsolables, sino los menesterosos, los desvalidos, todos los desgraciados de Madrid que perdieron una protectora infatigable, que se desvelaba por remediar cuantos infortunios llegaban á su noticia, y con sus visitas domi-

ciliarias, con sus maternales consejos, con sus cariñosos afanes y generosas dádivas atenuaba el dolor de cuantos padecían, enjugaba el ageno lloro, y muchas veces lograba trocar la amargura de los infelices en colmo de ventura y alegría.

Su digno esposo don Luis de Mendoza padeció una horrible y larga enfermedad, á consecuencia de la doble y profunda herida que hizo en su corazón la muerte de dos objetos tan queridos, tan idolatrados como su fiel María y su malogrado hijo.

¡Desgraciado marqués de Bellaflor!

No le quedaba ya en el mundo mas consuelo que estrechar en sus brazos á su tierna hija Isabel, á quien tenía siempre á su lado colmándola de caricias, á las cuales correspondía la candorosa niña con toda la inocencia y la bondad de un ángel.

También estaba inconsolable la sensible Rosa; ni un solo día se pasaba sin que el recuerdo de su hermana querida arrancase raudales de lágrimas á sus ojos, que con harta dificultad enjugaban las filosóficas reflexiones de su digno esposo don Antonio de Aguilar.

Manuel y Carolina dieron igualmente inequívocas muestras de su acerbo dolor; y hasta doña Úrsula y don Nicomedes vertieron copiosas lágrimas sobre la tumba de María.

Solo don Anselmo Godinez mostró en la muerte de su hija el mismo valor y la misma resignación que cuando perdió á su adorada esposa.

Con todo, esta nueva desgracia agotó su heroísmo en términos que se le vió pasar rápidamente de la vejez á la decrepitud.

Perdió casi del todo la memoria, un temblor convulsivo agitaba sus miembros, y su vida, aunque penosamente, se prolongaba merced á los desvelos de Manuel y Carolina.

La hermana de la Caridad lo ignoraba todo, y sin embargo vivía anegada en llanto acerbo.

¡Cosa estraña! Todos los que amaban con delirio á la virtuosa María, sobrevivieron á la pérdida de esta angelical criatura, y hallaron mas ó menos resignación á tan cruel infortunio; y el hombre mas fuerte, el mas avezado á todo linaje de calamidades, el que había nacido entre las fieras del Africa, el que había endurecido su corazón entre los horrores de su esclavitud, no tuvo resistencia para soportar el dolor que le causó la muerte de María.

Hablamos del pobre negro Tomás.

En los primeros momentos de la catástrofe esforzóse aun por dar consuelos á su amo el marqués de Bellaflor; pero sus fingidos brios desmayaron muy en breve.

Tenía el alma desgarrada.

Desapareció del palacio de su amo, y pocos días después, en el rigor del invierno, en diciembre de 1854, se le halló cadáver en el cementerio, junto á la sepultura que encerraba los frios restos de la infortunada marquesa.

El hambre, el dolor y la intemperie habían asesinado al pobre negro Tomás.

Y después de una revolución que llevó el luto á tantas familias, después de un triunfo que tanta sangre costó al pueblo, ¿no tenía derecho este pueblo magnánimo á que la virtud *catoniana*, de que siempre hizo alarde el partido progresista, hubiera dado sus frutos con una gran rebaja en el presupuesto, que es el horrible cáncer que devora al país?

¿No tenía derecho el pueblo á que se hubiera disminuido el

número de empleados y los elevados sueldos que disfrutaban los de alta categoría?

¿No tenía derecho el pueblo á que se le armase, y supliese con su decision, valor y entusiasmo, la reduccion del ejército, que la escasez de recursos hacia indispensable?

¿No habia justos motivos para esperar que la descentralizacion trajese consigo el inmenso alivio que era consiguiente?

¿Por qué no se ha levantado la administracion pública sobre sólidas bases?

¿Dónde están esas tan decantadas reformas económicas por las cuales clama de continuo la España entera?

El sistema que seguís, hombres del gobierno, es un sistema de perplejidades, de dudas y de errores, ineficaz de todo punto para llevar la nave del Estado á puerto de seguridad.

Ese cúmulo de empleados que requiere vuestra máquina por las complicadas é infinitas ruedas en que se apoya, ese procedimiento que entorpece su accion, la paraliza, ó lo que es aun peor, le da retrógrado empuje, esa confusion embarazosa de tan multiplicados resortes, lejos de proporcionar economías sin las cuales no hay salvacion, tiende todo ello á las tribulaciones que por todas partes germinan, tiende al fomento de nuevas é impacientes ambiciones, y amaga sumergirnos en las desastrosas oleadas de una reaccion sangrienta.

Una voz ha declarado en plena Asamblea que LA REACCION SE PRESENTA DESCARADA.

Y cuando esto sucede ¿no tiene obligacion todo ciudadano que ame la libertad de su patria, de contribuir con todas sus fuerzas al alejamiento del peligro?

He aquí lo que nos impele á dirigir nuestra humilde voz al go-

bierno para recordarle, por última vez en este libro, su imprescindible y solemne compromiso de que LA VOLUNTAD NACIONAL SE CUMPLA.

Y nosotros no vemos otra senda, que á este grandioso fin conduzca, mas que la del verdadero progreso.

Y porque la senda que el gobierno sigue no es la del progreso, vé la nacion asombrada todo cuanto sucede.

Y los liberales desconfían.

Y ven con dolor, ya gastadas medianías en las poltronas ministeriales!...

Y nadie sabe á dónde se nos conduce!...

Y la miseria pública vá en aumento!...

Y la agitacion y el desaliento crecen!...

Y se envalentonan los enemigos de la libertad!...

¿Y no tenemos aun Constitucion!!!...

En cambio el ministerio tiene facultades extraordinarias.

La dictadura militar pesa de un modo horrible sobre la industriosa Cataluña.

No hay seguridad personal.

Se han hecho deportaciones como en la época de Narvaez.

Ha habido fusilamientos de criminales desvalidos.

Los criminales de alto coturno que la revolucion arrojó de sus puestos, viven impunes y tranquilos.

Los millones saqueados á la nacion sirven para conspirar desde París.

El club del palacio de la calle de las Rejas, se ha trasladado al palacio de la Malmaison; esto sí que no ha sido mas que una mudanza de domicilio.

¿Y la vindicta pública?

¿Y la moralidad?

¿Habrá olvidado Espartero las lecciones del año 1843?

¿Habrá olvidado O'Donnell su célebre programa?

¿En qué piensan los otros ministros?

No hay que alarmarse, todo lo compondrá el *tercer partido*.

El triunfo será completo.

Una duda nos queda.

No sabemos si hemos de gritar como los antiguos romanos después de un brillante triunfo: ¡*Ciudadanos, subamos al Capitolio!* ó si hemos de repetir lo que decían nuestros abuelos á la aproximación de alguna calamidad: ¡*Dios salve á este pobre país!*

¿Quién nos sacará de esta duda?

La historia.



## EPÍLOGO.

### I.

#### LA VERDAD.

Pues sepa quien lo niega y quien lo duda,  
Que es lengua la verdad de Dios severo,  
Y la lengua de Dios nunca fué muda.  
Son la Verdad y Dios, Dios verdadero,  
Ni eternidad divina los separa,  
Ni de los dos alguno fué primero.  
Si Dios á la Verdad se adelantara  
Siendo Verdad, implicacion hubiera  
En ser, y en que Verdad de ser dejara.  
La justicia de Dios es verdadera,  
Y la misericordia, y todo cuanto  
Es Dios, todo ha de ser Verdad entera.

QUEVEDO.

Después de haber publicado la primera y segunda época de la presente historia, no podia ocultársenos ninguno de los inmensos inconvenientes y apasionadas oposiciones que habiamos de vencer al dar cima á nuestro pensamiento con el relato de los desafueros del poder desde 1848 hasta julio de 1854.